

LA MARINA DE CLAUDIO MONTERO EN FILIPINAS

Un trabajo cartográfico con mucho esfuerzo y pocos medios

Julio del CUVILLO DÍAZ-ALERSI
Capitán de Navío (*)

Hace poco más de un siglo que España abandonó oficialmente las islas Filipinas tras 377 años de presencia española en el archipiélago, 377 años de ensueño.

«Nuestro perdido Edén», así llamaba José Rizal (1), en su *Último adiós*, al archipiélago, entonces una colonia inquieta y con una historia política bastante agitada.

Descubiertas por la expedición Magallanes-Elcano en 1521, las Filipinas conforman un ingente archipiélago de 7.083 islas, de las cuales, que nosotros sepamos, sólo están nominadas 2.440. Estaban habitadas más de quinientos años antes de la era cristiana por los malayos, que habían arribado a las islas en expediciones sucesivas.

Desde el regreso de Juan Sebastián de Elcano se sucedieron las expediciones a Filipinas; el propio Elcano participó en la expedición de Jofre de Loaysa, en 1525. Los viajes de Saavedra Cerón, en 1527, y de Ruy López de Villalobos, en 1542, no tuvieron mucha suerte; este último bautizó con el nombre de Filipinas el archipiélago, en honor de Felipe II.

El conquistador de Filipinas fue Miguel López de Legazpi (2), quien fundó la ciudad de Manila en 1571, sometió a los visayos, aseguró la paz en las islas y estableció las bases de una provechosa amistad comercial con China. Desde entonces, el archipiélago se convirtió en un importantísimo enclave comercial para los españoles, aunque desde el punto de vista militar, si bien visitado frecuentemente por navíos de la Real Armada desde su descubrimiento, no se puede hablar de una presencia importante de fuerzas hasta la llegada a Manila de una escuadra al mando de Ignacio María de Álava a finales del XVIII, cuando se trasladaron a Cavite el apostadero y los astilleros.

(*) Con la colaboración de Inmaculada Benítez, a quien agradezco su inestimable ayuda.

(1) José Rizal y Mercado (Calamba, Luzón, 1861-1896). Médico, novelista y héroe nacionalista, hijo de un rico plantador filipino. En sus obras criticaba el poder ejercido en su país por las órdenes religiosas católicas y exigía derechos políticos e igualdad para los filipinos. Paradójicamente, jamás abogó por la independencia. Cuando estalló la rebelión de 1896, que llevaría a la independencia a Filipinas, fue acusado de incitador a la sedición y ejecutado injustamente en Manila después de ser declarado culpable por un tribunal militar.

(2) Ocupaba el cargo de secretario del Cabildo de la ciudad de Méjico. La casa de Legazpi era una de las principales de la ciudad virreinal y arruinó su patrimonio en la expedición a Filipinas.



España y Filipinas, Luna (París, 1888). Ayuntamiento de Cádiz.

A principios del siglo XIX acaecieron hechos de la entidad de la supresión del galeón de Manila (3) (también llamado nao de China o de Acapulco), en 1815, o la autorización de libre comercio con los puertos americanos, lo que propició la propagación en las Filipinas de las ideas subversivas que habían prendido en las nuevas repúblicas. A esto habría que sumar las pretensiones inglesas de ocupar Joló y Mindanao, en 1814, y las Marianas, al año siguiente, y las continuas agresiones de los moros (1821-1823). Todo lo cual hizo pensar en la necesidad de restablecer el apostadero de la Armada —que se independizó de la Capitanía General en 1843—, donde quedaron establecidas las fuerzas sutiles, sujetas a su mando.

En 1827 se ordena el despliegue de estas fuerzas con objeto de contener las incursiones de los piratas moros, con los que se librarán numerosos encuentros navales. El nuevo arsenal de Cavite se habilitó para la construcción de fragatas, y en 1848 se compraron tres vapores a Inglaterra: *Magallanes*, *Elcano* y *Reina de Castilla*, primeros buques de este tipo que hubo en Filipinas.

Desde el principio de la anexión de Filipinas a la Corona de España, la población indígena había sido reacia a someterse a ningún género de dominación extranjera. De raza malaya y religión musulmana, sus naturales eran conocidos como *moros*, pueblo valeroso y fanático, belicoso y conflictivo,

que habitaba grandes zonas de las islas del sur. Muy dotados para la navegación a remo y a vela en embarcaciones ligeras —pancos, vintas y barotos—, eran un peligro constante para el comercio marítimo que se atrevía a pasar por la Zona

(3) El galeón de Manila garantizaba el tráfico de México (Acapulco) a Filipinas, desde donde transportaba la producción y la cultura de Oriente.

Primitiva, una especie de confederación de tribus a cuya cabeza aparecía un sultán, que gobernaba a través de un conjunto de jefes llamados «datos».

Por esta razón, la conquista de Filipinas se lleva a cabo, en general, con poca resistencia del resto de la población autóctona, que vio en los españoles unos magníficos aliados en su lucha contra los moros. Los reinos musulmanes mantenían continuas guerras entre sí y con el resto de los pueblos del archipiélago, rivalidad que aprovechó España es su empeño por dominar de esos territorios.

La colonización de Joló y Mindanao fue lenta y tardía, debido no sólo a ser las poblaciones más alejadas de Manila, sino a su condición de moradas de la raza moro-malaya, la más belicosa y díscola de las que habitaban en el archipiélago.

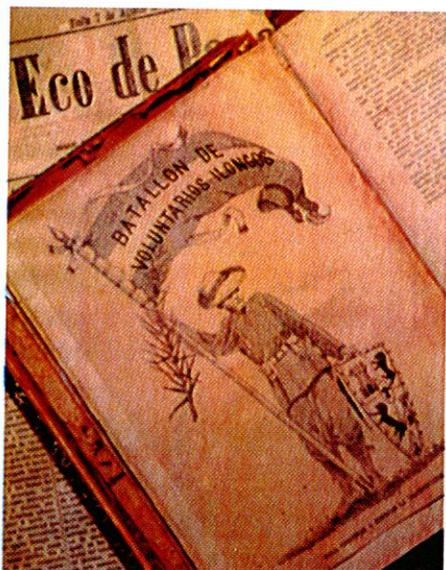
Como se había hecho con la mayoría de los pueblos de la isla de Luzón, se intentó imponer una nueva cultura y unos nuevos conceptos de vida y religión; pero los moros, aferrados a sus creencias religiosas y costumbres, no lo aceptan y continúa la lucha. Los moros-malayos eran muy conservadores en sus costumbres y unos excelentes guerreros muy hábiles en el manejo de armas blancas, de las cuales las más usadas eran el cris, el campilán y la rodela.

Ante la falta de efectivos militares permanentes, la política española fue organizar periódicamente expediciones de castigo y, eventualmente, pactar o comprar la sumisión de los jefes del pueblo malayo-musulmán. A cambio se les llegó a conceder el título de Rey y a asignarles cierta cantidad de dinero anual. A algunos sultanes de Joló y Mindanao se les tributaron honores de general, e incluso fueron saludados por los barcos de guerra españoles con las salvas de ordenanza; tal fue el caso del sultán de Mindanao, al que a mediados del siglo XIX le fue otorgado el rango de teniente general en activo y el título de «Muy Excelente Rey Feudal de Tamontaca».

Durante el siglo XVIII se hizo poco por extender la dominación española. Es en el siglo XIX cuando se percibe un cambio en la política colonizadora de la metrópoli respecto a Mindanao, con miras a explotar sus ricos recursos naturales. Para ello se propone conciliar las campañas militares con una política de entendimiento con los datos; pero éstos no se avenían a dejar la piratería, su principal negocio. Así las cosas, una expedición mandada por el briga-



Conquista de las islas Filipinas. (M.R. Murga, 1698.)



dier Ruiz de Apodaca (4) consigue reducir numerosos grupos y por unos años desaparecen de las costas los abusos de la piratería mora.

Momentos antes de desencadenarse el levantamiento de 1896 se seguía intentando reducir a los moros de Mindanao, para lo que el general Blanco tenía el grueso de fuerzas concentradas en el lago de Lanao. Muy numerosas fueron las expediciones encaminadas a la ocupación de distintos puntos de esta isla, aunque los resultados ostensibles no se obtuvieron hasta la realización de verdaderas campañas en el último tercio del siglo (1895-1896), que extienden el dominio hispano hasta el río Grande y el lago Lanao, pero cuando ya

estaba próximo el final de la presencia española en el archipiélago.

En la sumisión de los moros de Mindanao hay que destacar la intervención de los ingenieros de las Compañías Disciplinarias y «Obras Públicas». Unidades compuestas por presidiarios que cumplían condena prestando servicio en varias islas del sur: Joló, Paragua y Mindanao.

La colonización y evangelización de Filipinas comenzó ya a la llegada de Legazpi en 1565, con la fundación de un núcleo español y católico, lo que fue posible gracias a los misioneros. Los primeros fueron los agustinos, que llegados con Legazpi y Urdaneta (5) crean en 1581 la provincia del Santísimo Nombre de Jesús. En julio de 1577 arriban los franciscanos, que aprenden rápidamente el idioma tagalo y fundan en 1591 la provincia de San Gregorio Magno. En 1691 la Compañía de Jesús abrió casa en Manila, que cinco años más tarde era viceprovincia. Los jesuitas se encargaron de islas como Leyte y Cebú. Los dominicos aparecen en julio de 1686 en Cavite, encargándose de la provincia de Cagayán y fundando la de Rosario.

Las órdenes religiosas asumieron en gran medida la labor colonizadora de Filipinas, apoyándose en el Ejército (6); fueron infiltrándose paulatinamente

(4) José Ruiz de Apodaca (Cádiz, 1788-1867). Hijo del ilustre conde de Venadito, Juan Ruiz de Apodaca y Eliza. En 1839 ocupó el cargo de segundo comandante del apostadero de Filipinas.

(5) Andrés de Urdaneta realizó su primera singladura con Loaysa.

(6) Claudio Montero, en su «Conferencia sobre las Islas Filipinas», pronunciada el 3 de junio y el 7 de octubre de 1876 en la Sociedad Geográfica de Madrid y publicada posteriormente en el boletín de la misma, hace una certera y ajustada descripción de cómo fue esta colonización: «en los resultados conseguidos, con medios relativamente escasos (...) la armonía entre administradores y administrados (...) no se ha ocultado que el gran agente regulador, después de

en las comunidades indígenas, donde alcanzaron una posición dominante como enlaces, desde la cual consolidaron a los datos locales en el ejercicio del poder. De esta manera, los españoles, más que imponer un nuevo y costoso sistema de dominio, utilizaron la estructura de poder que ya existía, la legitimizaron y la reforzaron, y los datos se transformaron en gobernadorcillos y en las principales élites privilegiadas.

Los españoles obviaron por lo general las complicadas leyes coloniales, cuya aplicación era utópica en estas latitudes, y optaron por negociar y pactar en cada caso para, por ejemplo, recibir una parte de los tributos que los régulos sustraían a su propia gente. Por ello, las revueltas que periódicamente estallaban iban más en contra de éstos —los régulos— que de aquéllos.

Se podría decir que este colonialismo sin colonización, tan criticado muchas veces por débil, continuó hasta bien entrado el siglo XIX. Es verdad que es un sistema más amable con el colonizado, cuyas costumbres y organización social se respetan y que, a pesar de las apariencias, es muy eficaz para controlar y reprimir al nativo con el mínimo esfuerzo; sin embargo, no es suficientemente fuerte para enfrentarse a otros países imperialistas, como se vio más tarde.

La cristianización fue rápida y pacífica; las mayores dificultades se encontraron en las zonas ocupadas por los musulmanes, quienes ofrecían una fuerte resistencia no sólo a la cristianización, sino también al dominio político español.

La primera diócesis de Filipinas se crea en febrero de 1579, y a los treinta años de la llegada de Legazpi a Manila había más de medio millón de católicos, atendidos por 140 misioneros. Tales misioneros construyen las primeras escuelas, ponen los fundamentos de los futuros seminarios, aprenden las lenguas autóctonas... En el año de 1589, Clemente XIII elevó a metropolitana la sede de Manila, concediendo así a la Iglesia filipina la independencia jurídica. Los siglos XVII y XVIII suponen la etapa de consolidación y desarrollo del proceso evangelizador.

Para la evangelización, el gran problema fueron las muchas y diversas lenguas, la amalgama de razas y culturas (malayos, negritos, indonesios) y la fragmentación política. Pero los misioneros aprendieron las lenguas y en ellas enseñaron la doctrina cristiana, hablando y escribiendo el tagalo a la perfección. Un título de gloria, en el caso de los dominicos, fue la fundación en Manila de la Universidad de Santo Tomás. Primero fundaron un colegio en 1611, que en 1902 sería reconocido como universidad pontificia. Posteriormente, en 1947, el Papa la declaró Universidad Católica de Filipinas (no hay que olvidar que en 1895 había ya en el archipiélago seis millones de católicos). También es interesante señalar que, en 1887, en esta universidad había 1.892 alumnos, de los que sólo 216 eran españoles, y el resto, filipinos. En 1891, las escuelas eran más de 2.000, en su mayoría regidas por nativos. Por

haber sido el poderoso auxiliar de esta interesante civilización, es aún en nuestros días el Misionero, y su continuador el Religioso, transformado en Párroco del pueblo, velando a través de los siglos por la conservación de tan grande obra».

Real Decreto de 12-09-1897 se reforma la legislación vigente y se establece la enseñanza de los idiomas filipinos en Madrid, Barcelona y Manila, enseñanza que incluiría forzosamente el tagalo y el visaya, entre otras lenguas del archipiélago.

Filipinas en tiempos de Claudio Montero

Hasta muy entrado el siglo XIX, la comunicación regular entre las islas del archipiélago filipino era prácticamente inexistente; los pueblos y aldeas se comunicaban entre sí y con la capital mediante pequeños senderos que las lluvias y la vegetación se encargaban de borrar cada año. El medio de transporte tradicional y más utilizado por los habitantes del interior era la navegación, realizada con ligeras embarcaciones fabricadas de cañas y maderas blandas, aprovechando los caudalosos ríos y grandes lagunas que existían en la mayoría de las islas.

La arteria principal de la isla de Luzón era el río Pasig, que comunica Manila con el interior, y la gran laguna de Bay, de la que dista 344 kilómetros. El río Pasig está formado por cinco brazos principales, que nacen en la laguna y se reúnen a los pocos kilómetros. Su anchura, inconstante, varía entre 100 y 2.000 metros; su profundidad es también muy desigual.

Al frente del gobierno y la administración del archipiélago se encontraba el gobernador general, investido de grandes facultades. Era el representante del Rey y del Gobierno en las islas; jefe superior jerárquico en todos los órdenes de la Administración, capitán general de las islas, jefe superior de las Fuerzas Navales y del Ejército de Tierra y presidente de todos los institutos y corporaciones, estaba facultado incluso para suspender disposiciones del Gobierno de la Península que pudieran alterar el orden en estos dominios. Como órganos asesores contaba con la «Junta de Autoridades» y el «Consejo de Administración».

Las islas estaban divididas en provincias, al frente de cada una de las cuales se encontraba un gobernador civil, que representaba al gobierno general y ostentaba la categoría de primera autoridad en el orden jerárquico administrativo en los ramos de gobierno, fomento y economía. A causa de la distancia a que se encontraba Manila, se crearon dos gobiernos, uno en Mindano y otro en las Visayas, de los que dependían varias provincias. Además, una serie de éstas, por su situación estratégica, estaban gobernadas por un jefe u oficial del Ejército o de la Armada, como Joló y la isla de Corregidor.

Cuando llegaron los españoles a las islas, se calcula que habría una población de medio millón de habitantes, número que creció de forma extraordinaria durante el siglo XIX, si bien el censo de la población siempre fue bastante deficiente. Por ejemplo, la estimación oficial y la del obispado diferían sustancialmente entre sí, entre otras razones porque era difícil censar una población que estaba dispersa en más de 7.000 islas, muchos de cuyos territorios se hallaban sin explorar y entre cuyos nativos era común la ocultación por temor a que estos censos los expusieran a una mayor presión contributiva.

La isla más poblada era la de Luzón, en la que se encontraba la colonia europea y la mayoría de la población indígena y española. Esta última se agrupaba en Manila, Ilo-Ilo y Batanga principalmente. Provincias había donde nunca habían visto un español.

Con el incremento de la población en el siglo XIX, aumentan las gestiones administrativas de los pueblos y, por tanto, también aumenta la necesidad de comunicarse con la capital, sede del Gobierno Central del archipiélago.

A partir de 1829, las vías de comunicación interior se desarrollan considerablemente, acercando la capital a todas las islas, y comienza un vasto plan de reconocimiento del territorio, del que se levantan numerosos planos que posteriormente serán base para la primera carta general del archipiélago, publicada por la Dirección de Hidrografía y que presentó Claudio Montero.

El primer fruto de este esfuerzo es el establecimiento de un servicio regular de correos entre la capital y las provincias circundantes, el cual se extenderá más tarde a toda la isla de Luzón. A partir de este momento, y a impulsos del Cuerpo de Ingenieros Militares, las obras públicas, carreteras, puentes y todo tipo de edificios civiles y militares conocieron un continuo desarrollo hasta el mismo año de la independencia.

Las mejoras en las vías de comunicación fueron un factor esencial en el desarrollo económico del país, en especial las marítimas, con la apertura de nuevos puertos francos —Sual, Ilo-Ilo, Zamboanga—, lo que hizo que disminuyeran los riesgos y gastos innecesarios que suponía canalizar todos los productos desde lugares diferentes de la capital. La apertura del canal de Suez, el 17 de noviembre de 1869, redujo la travesía entre España y Filipinas en 8.000 millas.

Se contaba por entonces con una línea marítima semanal desde Manila y otros puertos como Hong Kong; además del de la capital, existían otros puertos de menor importancia en las principales islas: Ilo-Ilo, Cebú, Legazpi, Sual, Zamboanga...

Manila era la capital abierta al exterior; quincenalmente se comunicaba con Europa por medio de una línea marítima directa y cuatro indirectas, a través de Hong Kong, y una semanal con ese puerto. La distancia entre España y Filipinas fue la causa principal de la falta de entendimiento y comunicación entre ambas. Aunque la apertura del canal de Suez supuso una reducción muy considerable, será la conexión en 1880 del cable submarino Manila-Hong Kong la que haga realidad el sueño de poner fin al aislamiento del archipiélago. El telégrafo se impuso inmediatamente como un medio de primera necesidad.

No solamente los problemas en las comunicaciones o las grandes distancias serían un grave inconveniente para la colonización española. Para percatarse de la gran dificultad de la vida en Filipinas hay que tener en cuenta el clima, muy caluroso, cuya incidencia en las personas no habituadas a él frecuentemente es grave; tanto que más de un historiador ha cifrado la escasa tasa de natalidad de los españoles (criollos) en las devastadoras consecuencias de este factor. Esta influencia climática se observaba incluso en los



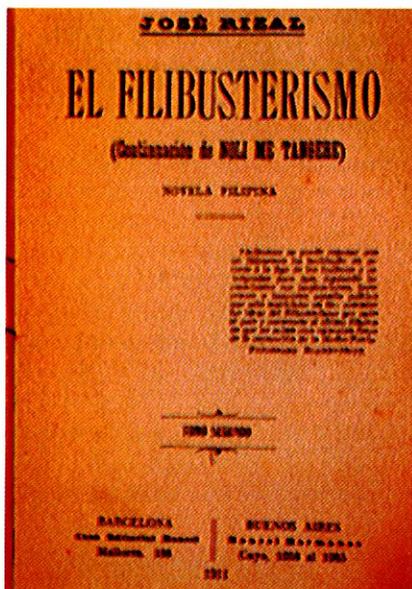
animales traídos de la Península, que degeneraban y perdían fuerza o morían.

El célebre doctor Manuel Rancés, en un estudio sobre la población religiosa de las islas, comprobó que el porcentaje anual de defunciones de la misma ascendía al 17 por 100.

En marzo de 1882, un joven tagalo de apenas veinte años se traslada a España para cursar estudios de medicina y letras. Su nombre: José Rizal y Mercado.

Durante su corta pero fecunda vida conoció el exilio y la cárcel. Paralelamente, uno de sus amigos, Andrés Bonifacio, había fundado en 1892 la organización clandestina secreta del Katipunán, cuyo descubrimiento en 1896 desencadenó la insurrección nacional.

Cuando volvió a Manila, el Gobierno español le acusó de traidor, como consecuencia de lo cual es injustamente fusilado por orden del general Polavieja el 30 de diciembre de 1896. Su ejecución lo exalta, y lo convierte en prototipo de la raza y el mayor aliciente para proseguir con la lucha independentista hasta el final.



El filibusterismo, de J. Rizal

La bandera de Filipinas llevaba la carabela de los fuera de la ley y la K de Katipunán; esta letra dejó su lugar al radiante sol de la esperanza, primero sobre el mismo fondo rojo y más tarde en el centro de un triángulo blanco rodeado por tres estrellas que figuran sobre la bandera tricolor filipina. La evolución de la bandera se mostró en una serie de sellos que la República emitió con motivo del aniversario de la independencia; en ellos se representa esta evolución desde el siglo XIX, es decir, desde las primeras manifestaciones del nacionalismo, en 1859.

Claudio Montero

Claudio Montero y Gay nació en Ferrol en 1824 y se dedicó desde niño al estudio de las ciencias, dando principio a sus

tareas como guardiamarina de segunda clase en 1840-1841, en la Comisión Hidrográfica de las Costas Cantábricas.

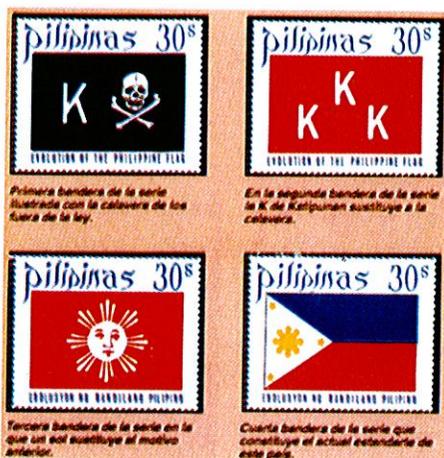
El 17 de noviembre de 1845, dadas las relevantes disposiciones de que dio prueba, fue destinado a solicitud propia al apostadero de Filipinas, a cuya capital, Manila, llega el 21 de agosto de 1846.

Estuvo en el archipiélago levantando la cartografía del sinnúmero de islas e islotes que lo conforman y este verdadero trabajo de beneditino le granjeó la estimación universal, pues lo mismo en Nueva York que en Londres, Berlín y París su obra sobre la hidrografía de Filipinas es tenida como la más considerable de ese siglo, a la par que la más perfecta en cuanto a ejecución.

En su hoja de servicios consta, entre otras vicisitudes, que fue nombrado jefe de la Sección de Hidrografía y Establecimientos Científicos de Madrid (7), cargo del que tomó posesión el 18 de julio de 1870, siendo también segundo jefe del apostadero de Filipinas; era por aquel entonces capitán de navío de segunda clase. Fue consejero por Filipinas. En 1877 cesa como jefe de la Sección de Hidrografía y se le nombra gobernador político-militar de Mindanao. También ejerció simultáneamente el cargo de comandante de las Fuerzas Sutilas de Filipinas.

En 1878 regresa a la Península, siendo ascendido a contralmirante en 1881. En 1885 se notifica su fallecimiento: «Ha fallecido en Madrid el 10 de abril, el experto y bizarro oficial de marina a la par que uno de los sabios más distinguidos de la época presente, el señor Contralmirante D. Claudio Montero». Así recogía este hecho el *Pensamiento Español*.

Estuvo destinado en Filipinas veintiún años, con un único paréntesis de dos y medio por enfermedad. En su larga estancia en el archipiélago no se limitó al desempeño de comisiones hidrográficas, sino que también formó parte de todas las juntas y sociedades para la mejora de los servicios administrativos y comerciales. Desempeñó comisiones diplomáticas en China y Japón y redactó un gran número de «luminosos informes». En la Dirección de Hidrografía constan, concretamente, gran número de datos con respecto a Mindanao, así como antecedentes y notas cuya consulta resultó utilísima.



Banderas del Katipunán.

(7) Conocida generalmente como Dirección de Hidrografía o Depósito Hidrográfico.

Los trabajos hidrográficos de Montero fueron frecuentemente interrumpidos por los ataques de los piratas musulmanes, con los que entabló combates contando siempre con fuerzas inferiores. Pese a tal los derrotó y fue uno de los que más contribuyó a la extinción de la piratería en aquellas costas.

La Universidad de Leipzig, apreciando en todo su valor su mérito, le dedicó las obras que sobre Mindanao y Filipinas escribieron por entonces sus profesores. La Sociedad Geográfica Indochina lo había elegido su presidente.

A través de la hoja de servicios de Claudio Montero, como podría ocurrir con cualquier otro oficial, es posible conocer con facilidad los empleos que tuvo, los lugares a los que fue destinado, las distinciones, recompensas u honores a los que fue acreedor, el número de sus años de servicio... Sin embargo, esto no pasa de ser una información que proporciona una especie de retrato robot que en nada nos acerca a la faceta humana de Montero.

Para recomponer la figura del Montero de carne y hueso ha sido necesario consultar otros documentos cuya lectura sí nos ha permitido descubrir en gran medida la personalidad íntima de este ilustre marino.

Montero era ante todo un hombre muy modesto (8) y dedicado al estudio; nunca figuró en política y siempre rechazó cuantas ofertas se le hicieron para puestos elevados. El único cargo que aceptó fue la presidencia del Consejo de Filipinas, la cual desempeñó durante cuatro años en los que prestó grandes servicios a las islas. En éstas era muy popular; gozaba de gran prestigio sobre el nativo, que le profesaba especial cariño y tenía en él mucha confianza.

Su prematura muerte fue un verdadero luto nacional en Filipinas. El contralmirante Montero sólo contaba con amigos; su carácter, en extremo bondadoso y afable, le granjeó las simpatías de cuantos le conocían.

Montero, un héroe de Filipinas

«Encontrándose el teniente de navío don Claudio Montero y Gay, comandante de las fuerzas sutiles de Calamianes, cruzando con tres falúas sobre el extremo SO. de la isla de Paragua, en el estrecho de Balabao, a la espera de una expedición práctica que debía realizar sobre aquellas costas, de regreso de sus correrías, para pasar a Borneo a la venta de los cautivos y distribución del botín».

Así comienza un relato en el que nuestro personaje es el protagonista de un combate naval, ya que, además de su destino en Hidrografía, este oficial del Cuerpo General era, como ya hemos dicho, comandante de las Fuerzas Sutiles, entre otros cargos que se había echado encima. Y no me resisto a narrar esta batalla, continuando el relato del párrafo anterior:

«A media mañana del día 3 de mayo de 1851, divisó cuatro velas sospechosas, en demanda de las cuales hizo rumbo, encontrándose con cuatro grandes pancos moros de doble hilera de remos, marinados por mucha gente, que

(8) Y al mismo tiempo de un gran carácter, como se puede suponer después de conocer sus vivencias en el archipiélago.

se pusieron en franca huida al verse perseguidos por las falúas forzando la vela y el remo consiguiendo éstas ganarle y estrechar la distancia e intimidandoles a la rendición. Los pancos en contestación se prepararon para el combate; las falúas rompieron fuego de cañones y fusilería sobre el arrogante enemigo, que contestó también con fuego de fusilería y cañón con un calibre mucho mayor del que ordinariamente solían usar aquellos piratas.

»Se sostuvo el fuego muy vivo por ambas partes durante una hora con daños recíprocos, cuando un fatal acontecimiento vino a helar la sangre en las venas de los cristianos, enardeciendo el entusiasmo y la esperanza de la victoria de los piratas que atronaron el espacio con sus gritos de alegría y satisfacción. ¿Qué había sucedido? La falúa que mandaba el Alférez de Navío Don Fernando Otálora, que se estaba distinguiendo en el combate, voló, inflamados sus pañoles de pólvora por el impacto de un proyectil enemigo, pereciendo en la explosión todos los tripulantes.

»En aquellos angustiosos momentos en que la impresión de la desgracia había suspendido la acción de los cristianos, los envalentonados moros, en el apogeo de su entusiasmo y ya con las fuerzas superiores, avanzaron resueltamente al abordaje, pudiendo haber sido su triunfo inmediato si el heroico teniente de navío Montero no hubiera hecho entonces destacar su conocida gran figura sobre la toldilla de su falúa enardeciendo el decaído ánimo de su gente con los gritos de «¡Viva la Marina!», «¡Al abordaje, mis valientes!», mostrándoles con la espada el camino de la victoria.

»El duro remo de las dos falúas, manejado con toda la voluntad de que es capaz el marinero español, puso la proa a aquellos pequeños pero pesados buques avanzando rápidas sobre los dos pancos más próximos, que esperaban preparados el choque, confiados en su número y saboreando la victoria. Los españoles soltaron los remos para empuñar las armas; cuando ya el abordaje es inevitable, suena el estampido del último cañonazo destrozando la metralla la masa humana que encuentra por delante (...) se hacen los últimos disparos de fusilería (...) y el hacha, el sable, la bayoneta y el cuchillo desempeñan entonces su mortífera misión, consiguiendo nuestros valientes marinos, desde el principio, humillar el fanatismo de aquella morisma.

»El Alférez de Navío López de Roda, comandante de la otra falúa, y el Alférez de Infantería Llobregat lucharon con bravura hasta caer heridos al mismo tiempo dentro del buque enemigo en el momento de vencerlo.

»La falúa de Montero, que había abordado al panco mayor, logró también una sangrienta victoria. Embistió luego con igual arrojío a los otros dos pancos, que fueron también abordados y rendidos».

La Comisión Hidrográfica de Filipinas

En el año 1843 se crea la Comisión Hidrográfica, en la que con tanto entusiasmo trabajó durante más de cincuenta años. Fruto de su labor será la publicación de una nueva carta en 1849, más completa que la primera, de 1824,

procedente de los trabajos de la expedición Malaspina. En 1847 se nombra jefe de la Comisión a nuestro protagonista, el teniente de navío Claudio Montero y Gay, que ostentó este cargo hasta 1870, cuando había alcanzado ya el empleo de capitán de fragata, con sólo una breve interrupción para reponerse en España de enfermedades contraídas en las islas.

Impresiona la lectura de los partes de campaña que periódicamente remitía a España (9). Conservados en el Servicio Histórico del Instituto Hidrográfico-dentro de la colección de legajos correspondientes a la Comisión Hidrográfica de Filipinas, semiocultos entre una copiosa documentación referente a observaciones astronómicas, minutas de cartas, taquimetrías, datos de mareas y corrientes, así como a descripciones de las navegaciones realizadas.

Así se expresa en uno de estos partes: «Un resultado que sencillamente aparece en la carta ha costado esfuerzos y sacrificios que no se sospechan; el monte Bonahao, por ejemplo, indicado en el plano con la elevación de 700 metros de altura, representa en la historia privada y desconocida de aquella comisión, veinte horas de ascensión por un monte cubierto de vegetación virgen a través de barrancos y precipicios, siete noches pasadas en su cumbre sufriendo los rigores de la lluvia y el frío alternados con el terrible calor del día, la muerte de dos hombres y una fiebre que tuvo postrado al que suscribe cuarenta días».

La dotación material de la Comisión es muy precaria. Sólo cuenta con un pailebote y una falúa, por lo que en sus partes de campaña don Claudio se queja de que necesita «barcos de hélice, que en mares expuestos a monzones y huracanes permitirán refugiarse en el puerto más próximo al primer indicio del temporal».

Entre 1860 y 1880 se publican 84 cartas, entre ellas, nuevas ediciones de la carta general en dos hojas del archipiélago, que sustituye a la levantada por la expedición Malaspina, y una de la bahía de Manila.

Se han conservado importantes fondos sobre trabajos hidrográficos. A través de su lectura es posible conocer las dificultades que para la realización de los mismos supuso la meteorología de la zona, muy mala durante casi toda las singladuras, incluso con huracanes que se desatan inesperadamente y que a veces sorprenden a los expedicionarios «sin recursos en caso de desgracia, sobre una costa inhabitada, desconocida, pedregosa y acantilada y sin más protección y abrigo que la Providencia» (10).

El análisis pormenorizado de los trabajos efectuados por Montero en su dilatada estancia en Filipinas se haría sumamente prolijo y reiterativo y resultaría inabarcable para la extensión del presente trabajo, por lo que nos centraremos en los levantamientos que tuvieron lugar entre mayo de 1860 y agosto de 1863. Es un período de poco más de tres años, pero suficientemente revelador y representativo de lo que había sido y será, hasta el final de su mandato como jefe de la Comisión Hidrográfica de Filipinas, la labor de Montero en dicho archipiélago.

(9) Y en los que se descubre su gran humanidad.

(10) Este pasaje es impresionante y su lectura pone los pelos de punta.

En el primer informe del período que estudiamos, fechado el 9 de junio, dice Montero (11):

«Hicimos el reconocimiento de una pequeña parte de la costa del Este [se refiere a Luzón] y pasamos la noche en el pequeño puerto de M^a Antonia, no indicado en carta alguna (...) formado por una abertura acantilada entre los bajos y la costa y capaz sólo de recibir pequeñas embarcaciones, aunque de braceage (*sic*) profundo. Al día siguiente continuamos nuestra exploración hacia el sur. El tiempo se achubascó a poco (...) navegamos y navegamos todo el día sin poder hacer reconocimiento alguno y en la esperanza de alcanzar el puerto de Dimansan antes de la noche, pero ésta se acercaba a toda prisa y el apetecido puerto parecía huir de nosotros, por estar muy mal indicada la situación en la carta; la noche se presentaba amenazadora, y la costa que recorríamos con viento intermitente y aguacero del N. y NE, desabrigada, escarpada e imponente. Nuestra situación se hacía angustiosa por momentos: se trataba de hacerse a la mar en falúas en pleno Océano Pacífico con anuncios ya nada dudosos de un huracán. Yo me acusaba interiormente a mí mismo de haber sido la causa con mi imprudencia de la suerte de mis hombres (12) y hacía voto de no repetir en mi vida semejante barbaridad. Felizmente, y en el momento en que me disponía a tomar el último rizo y clavar cuarteles, gritó el tope que se descubría una abertura en los arrecifes de la costa; mando dirigir el rumbo sobre él, decidido a encallar las embarcaciones en caso necesario, y por entre escollos y rompientes nos metimos en un agujero que si bien no garantizaba la salvación de las embarcaciones, aseguraba al menos la vida de los tripulantes (13).

»A este agujero lo bauticé con el nombre de Providencia y posteriormente pude asegurarme [de] que es el único que existe en toda la extensión de costa que, chubasco tras chubasco, recorrimos durante el día, un chubasco menos o una milla más de distancia del agujero salvador, y todo habría terminado para nosotros.

»Inmediatamente después del desembarco de velas, palos, jarcias, víveres y armamento, que se verificó con la mayor prontitud a favor de un barotillo de

(11) Los hechos relatados en este pasaje se valoran en su justa medida si el lector tiene cierta experiencia marinera.

(12) Montero demuestra siempre una verdadera preocupación por sus subordinados, a los que valora, de los que se muestra orgulloso y para los que, en más de una ocasión, le vemos reclamar reconocimiento. Así, en este oficio de 31 de agosto de 1856 al director del Depósito Hidrográfico dice: «Es cierto que son pocos los hombres de nuestra clase a quienes su vigor físico permita resistir mucho tiempo la fatiga de verificar esta clase de ascensiones en los países intertropicales, a través de una naturaleza virgen, muchas veces a cumbres de montañas nunca pisadas por la planta del hombre; pero además de que estos recursos se economizan lo posible, todo hay que esperarlos de algunos jóvenes llenos de noble entusiasmo y a quienes basta un ligero recuerdo del Gobierno para hacer olvidar un año de privaciones y sufrimientos. Algunos de estos me tomaré la libertad de citar en esta comunicación, cuya abnegación por lo mismo que se ejerce lejos de las poblaciones y en soledades incultas y abrasadas espero que V.S. recomiende a la superioridad que seguramente no desatenderá este justo recuerdo». Aquí Montero hábilmente recuerda a la superioridad lo necesario que es un estímulo, por pequeño que sea.

(13) ¿Qué experiencia de mando tenía este hombre?

las falúas, me dispuse a echar las falúas a pique antes de que viniesen a hacerse pedazos a las playas; felizmente alijadas de peso y desaparejadas, pudieron aguantar el huracán, cuyo centro pasó al norte de nosotros y cuya mayor violencia fue del NE y S.

»A la caída del temporal, reaparejadas las falúas y siempre con tiempos inseguros, continuamos nuestro reconocimiento hacia el S. y situamos y levantamos los planos de dos buenas puntas con la costa correspondiente.

»Conseguido el objetivo de completar la carta del E y N de Luzón, que debe formar juego con la anterior emitida del NO, determiné retirarme hacia el N. no juzgando prudente permanecer más tiempo sobre tan temible costa de mares constantemente alterados, corrientes encontradas, remolinos y rompientes elevadísimas» (14).

También disponía Montero de tiempo para quejarse a sus jefes de la poca atención que recibía, y lo hacía siempre con claridad meridiana, sin preocuparle la reacción contra su persona, porque defendía el interés de España:

«Tiene Vd. razón, de nada sirve ocuparse de mejorar las condiciones de esta Comisión, si no hay interés por parte del Jefe del Apostadero.

»Puedo asegurar a Vd. que no he sido nunca exigente, ni mucho menos y tampoco inoportuno, pues no me lo permite mi carácter, es justo decir que tampoco he tenido que sufrir exigencias, al contrario siempre he sido bien alabado, pero corre sobre esta clase de servicio una indiferencia inexplicable por parte de los jefes superiores que se han sucedido desde el Sr. Don Manuel de Quesada (15), que es el que dio vida al movimiento de la Hidrografía, absolutamente abandonada en su tiempo, como si no hubiese ya nada que hacer en Filipinas en este ramo.

»Y no obstante, todo el mundo conoce el peso que se ha quitado y se quita, aunque lentamente, de encima la corporación, al poder contestar con menos vergüenza cada día al terrible cargo de abandono que pesaba sobre ella y que le dirigían continuamente toda las clases de un país cuyos caminos y calzadas son los mares y los estrechos; cuya topografía tiene que basarse y se basa en los datos que proporciona la Marina, que de este modo aparece responsable de los errores que producen datos erróneos o puede reclamar la gloria de la exactitud. La Marina en Filipinas puede contestar hoy satisfactoriamente a cualquier cuestión en esta especie. Tiene abundantes y exactas bases y puntos de referencia en una gran parte de la isla de Luzón; habrá muy pronto una topografía del interior que hoy tiene un carácter arrieril sin más fundamento que el cálculo de tiempo invertido en trasladarse de unos a otros puntos *a ojo de*

(14) La pregunta obligada sería: ¿cómo son capaces de ponerse a su trabajo inmediatamente después del susto pasado?

(15) Manuel Quesada, entre otros cargos, desempeñó el de oficial de detall en la Dirección de Hidrografía entre 1836 y 1842; posteriormente fue también comandante general del apostadero de Filipinas.

buen cubero. Además los gastos que ocasiona una comisión hidrográfica son reproductivos en muchos sentidos y, sobre todo, en la época de publicidad en que vivimos.

»¿Qué hubiera contestado el Gobierno de Marina el día que un particular hubiera reclamado el privilegio de constituir una sociedad que reemplazase al Depósito Hidrográfico?

»Yo sé muy bien que no aparezco si soy otra cosa que una hormiguita acarreando átomos de alimento a ese Depósito que otras personas más inteligentes y en mejores condiciones, desde el digno D. Joaquín Gutiérrez de Rubalcava (16) para acá han salvado de una humillante caída. Pero tenía la convicción de que servía en una corporación cuyos jefes saben apreciar lo que es el trabajo de la hormiga en la mar. Que examinando esa tela de araña que se llama triangulación general vista en su conjunto y que apoya sus vértices en las más elevadas montañas, unas veces para descender al nivel de los mares, otras se divide y subdivide hasta el infinito determinando la situación exacta de tantos puntos como se necesitan para componer las líneas que forman las costas y cordilleras (...).

»La convicción, repito, de que las dignas personas que han parido este camino [y] que han vivido en estas análogas regiones saben apreciar el valor de una estación, que para el vulgo no es más que un punto dentro de un cerito, pero que para el inteligente supone la subida a un monte de 7.000 pies de elevación, por ejemplo, a través de la maleza por precipicios careciendo de alimentos algunas veces, de agua, muchas, subiendo un plano inclinado durante doce, catorce o veinte horas mortales con la ropa destrozada, jadeante y sufriendo a veces vértigos y vahídos, con las manos y pies destrozados otras, viviendo siete días, como nos sucedió en el Remachao, con una temperatura de 90° (*sic*), cuando en la llanura marcaba 80° (*sic*) el termómetro (...) para ver a este mismo hombre pocos días, si horas después, dirigiendo con el agua a la rodilla o a la cintura la medición de una base o midiéndola él mismo por falta de auxiliares, sobre una playa y bajo el sol de los trópicos (...) sin perjuicio de verle al día siguiente batiendo en combate naval a los piratas persiguiéndolos y destrozándolos, muchas veces en la mar en pequeñísimas embarcaciones, o durmiendo entre las razas más feroces del interior en medio de un bosque con la pistola al cinto y el sable en la mano» (17).

(16) Director del Depósito Hidrográfico desde 1854 hasta 1856. En 1855, precisamente cuando desempeñaba este cargo, propuso la reorganización de algunos servicios y la creación de otros, entre ellos las tres comisiones hidrográficas para trabajar simultáneamente en las Antillas, Filipinas y la Península, a cada una de las cuales propuso dotar con un vapor de hélice para cooperar a los levantamientos. Esta organización empezó a funcionar pocos años después, desarrollando fructíferas labores, sobre todo en Filipinas, donde, como vemos, además de las dificultades de escasez de material y de efectivos humanos, tenía que luchar con el clima y la naturaleza. En realidad, para Filipinas, la iniciativa de Rubalcava supuso una reactivación en los quehaceres de una Comisión que por otra parte ya llevaba tiempo realizando importantes tareas.

(17) La acción de este hombre y de sus compañeros de la Comisión en Filipinas es comparable, a pesar del silencio historiográfico que la rodea, con las conquistas de Pizarro, Hernán Cortés, etc.

Esto es un perfecto desahogo dirigido a su director, desahogo al que Montero tiene derecho después de tantas penalidades sin que le atiendan sus superiores. Montero vive por y para cumplir su deber, y el centro de sus preocupaciones siempre es la Comisión Hidrográfica, por la que no descansa y por la que está dispuesto siempre a elevar todo tipo de escritos a sus superiores.

Así, tras enviar el anterior parte y presentar nuevos trabajos del puerto de Barili, en la isla de Cebú, el 9 de octubre, vuelve a escribir a su jefe el 16 del mismo mes, ocasión que aprovecha para volver al ataque:

«He tenido la honra de hacer presente a V.E. la falta de oficiales que hay en esta comisión: la escasez de personal en este apostadero para atender a las necesidades del servicio ha hecho imposible dotar a la Comisión de mi mando de cuatro oficiales de la Armada que le corresponden por Real Orden.

»Por ahora no hay esperanzas de que varíen las circunstancias, por lo que he pedido autorización a V.E. para proponer por ahora a un 2º Piloto particular, que habilitado para el efecto, pueda hacer servicio de Oficial y ayudar al menos en ciertas operaciones en que es indispensable la cooperación de segundas personas. V.E. ha tenido por conveniente acceder a mi proposición».

Pero Montero no descansa. Así, en octubre de 1860 continúa remitiendo los trabajos que realiza en la isla de Luzón, el golfo de Lingayen, el noroeste de Cabo Bojador (donde reconoce un bajío a flor de agua «por sospechar que puede ser la causa de algunas desapariciones misteriosas de buques que han ocurrido en varias épocas»)..

Por estas fechas ya tenía realizada una triangulación de la bahía de Manila, por medio de la cual quedaba completado el enlace de todos los trabajos realizados por la Comisión. Así lo expresa Claudio Montero, no sin poder disimular cierto orgullo por los logros conseguidos, a la par que se muestra algo descorazonado por la demora en la publicación de esos trabajos:

«Es decir, hemos conseguido la unidad de todos los trabajos hechos y por hacer; yo no tengo en mi poder los originales, que deben existir en ese Establecimiento. Ignoro por qué se conservan inéditos tan preciosos trabajos. Los trabajos efectuados están a una altura muy respetable; aunque muy lejos de que podamos descansar».

Montero se encontraba combatiendo en muchos frentes. Uno de ellos era la lucha contra los piratas, que a él le parecían una gran amenaza para la permanencia española en el archipiélago. Al respecto informó con los más acertados criterios en este escrito, fechado el 10 de noviembre de 1860 (18):

(18) Muchos años más tarde, en 1878, en su discurso sobre Filipinas pronunciado ante la Real Sociedad Geográfica, dedicará un emocionado recuerdo a la antigua marina sutil del archipiélago (fuerza compuesta en aquellos días de unas 50 lanchas y falúas cañoneras): «La defensa de los mares del Archipiélago, cuyos hechos heroicos, diariamente repetidos durante este

«Desde muy antiguo se ha reconocido la necesidad de comunicaciones telegráficas para anunciar la aparición de los piratas mahometanos sobre la costa e inmediaciones de las poblaciones marítimas; a tal efecto se dispuso un sistema de esta especie y se construyeron muchas torres de costa en toda la extensión de las islas. El servicio, naturalmente, era muy imperfecto, confiado como estaba a hombres completamente ignorantes nombrados para el objeto a la ventura y sin requisito ni condición alguna; haciendo un servicio a la semana sin retribución siempre y obligados muchas veces a mantenerse por su cuenta. Pero mal montado y todo (...) no dejaba de ser útil cuando las avanzadas que hacían los piratas malayos les permitían hacer desembarcos de dos y tres hombres y tenían en alarma al país y obligaban a las clases a ocuparse de la vigilancia, de que dependía su vida e intereses.

»A consecuencia de los terribles castigos infligidos a los piratas en las expediciones de Balanguingui y Joló, la piratería se ha reducido a las míseras proporciones que tiene el día de hoy. (...) Los grandes pancos de moros formando divisiones de 30 y 40 embarcaciones ya no existen, aunque en estos últimos tiempos se han rehecho algún tanto. La confianza se restableció por consiguiente en los centros de población, y el servicio de telégrafos, que fue siempre casi una mentira, cayó en el abandono consiguiente al convencimiento que había de su inutilidad a la desaparición del miedo que lo había sostenido tal y como era».

Lo apasionante de conocer la vida de tan ilustre personaje es que nos da la impronta de la época en que vivió. A través de sus relatos, de su correspondencia, podemos reconstruir con bastante exactitud cómo era Filipinas en la época de Claudio Montero, en qué condiciones vivían realmente los españoles, tanto militares como civiles, en el archipiélago.

A menudo podemos habernos formado una imagen bastante romántica de lo que pudo ser aquella época. Lo englobamos todo en el «estilo de vida colonial», sin tener en cuenta que ese estilo podía ser muy diferente para unos (civiles —propietarios, por ejemplo, de plantaciones o de alguna fábrica—), y otros (funcionarios de la Administración, sacerdotes o militares).

De lo que no cabe la menor duda, y la correspondencia oficial de la Comisión Hidrográfica de Filipinas lo evidencia palmariamente, es que la vida de la Marina en estas islas fue sumamente difícil y dura. A través de la lectura de un informe, remitido por Montero el 31 de agosto de 1856 al director de Hidro-

largo período, están esperando también un cronista (...), la modesta economía con que desempeñó esta dura misión con sólo un personal de 40 oficiales que no pasaban del empleo de Capitán. Séame permitido dirigir un saludo cordial (...) a los antiguos y modestos compañeros de mi juventud, valientes, sobrios y subordinados, que han vivido bastante para comparar tiempos, o sea la indiferencia, por no decir ingratitud, hacia sus diarias penalidades y hazañas, con la liberalidad moderna. Testigo he sido de aquellos encuentros en los mares y costas en que un par de falúas nunca han dejado de atacar y dispersar a una docena o más de barcos piratas». Emoción... y desencanto. Montero está dolido no por él, sino por sus hombres, a los que defiende, valora y considera más que a sí mismo.

graffa sobre las necesidades de personal y material que tenía la Comisión Hidrográfica de Filipinas, podemos comprobarlo:

«Juventud, robustez, agilidad, buen pulso y buena vista son circunstancias que, unidas a la inteligencia, constituyen a un oficial útil para cooperar a la parte activa de los trabajos mientras se emplea como subalterno. El trabajo material es lo que retrae más generalmente de este servicio: a días abrasadores pasados *sobre la cubierta de un buque incómodo o sobre la cumbre de las montañas*, suceden noches húmedas que se hace preciso pasar sobre una playa estudiando el movimiento de las estrellas para poder fijar por sus pasos las situaciones geográficas; estos constantes cambios de temperaturas producen naturalmente las calenturas intermitentes de que son muchos víctima en aquellos países, pues una vez contraídas es un barco chico el lugar menos a propósito para atender su curación.

»(...) Por eso en esta clase de servicios no pueden emplearse más que oficiales de buena voluntad y como, por otra parte, es tan penoso comparado con el servicio ordinario, son pocos los oficiales que después de algunos meses de trabajo no enfrían en su entusiasmo al tocar de cerca las privaciones y sufrimientos y más si sospechan que éstos puedan pasar desapercibidos e ignorados del Gobierno».

Como decíamos antes, a través de la correspondencia oficial de Montero vamos a conocer no sólo la época en la que vivió sino cómo la vivió, en concreto, la Marina.

La situación de la Marina en el archipiélago distaba mucho de ajustarse al idílico «estilo de vida colonial» del que hablábamos antes. Es de justicia reconocer que la Marina desempeñó un papel crucial en la pacificación y colonización de las islas. Junto con el Ejército hizo posible el conocimiento del archipiélago, así como la ejecución de importantes obras de ingeniería civil que contribuyeron a aumentar el nivel de desarrollo y bienestar de la población. A esto habría que añadir su labor de defensa de la población nativa de los ataques de la piratería joloana, que suponía una verdadera amenaza para la subsistencia de la misma en aquella época.

Es opinión del autor que la Historia ha sido enormemente injusta con la Armada. Cuando en 1898 llegó el fin de la presencia española en Filipinas por acontecimientos sobradamente conocidos por todos y, como suele ocurrir en estos casos, se buscaron culpables —que, por otra parte, hay que admitir que los hubo—, la Armada fue incluida en esa categoría, cuando la opinión pública carecía de información suficiente para juzgar ecuánimemente la parte de responsabilidad que correspondía a cada uno de las instituciones que participaron en estos acontecimientos (19).

(19) Un claro ejemplo de esto es el caso de Montojo. El almirante Patricio Montojo salió a la mar a combatir al enemigo y perdió la flota en Cavite. Fue juzgado por un Consejo de Guerra parcial y predisposto en su contra. Montojo, hombre de gran honradez profesional, expuso con claridad la realidad y causa de los hechos al ministro de Marina en el parte telegráfico que le

Mediante este artículo, el autor ha pretendido, en la medida de lo posible, contribuir modestamente a la divulgación de una realidad bastante desconocida. Hasta ahora el tema de la Marina en Filipinas siempre se ha tratado con tintes sombríos, limitada su labor al año del conflicto. Como anteriormente se ha dicho, se ha juzgado por el mismo rasero la actuación de la Marina y la de otras instituciones. Parece que al evocar Filipinas nos viene de inmediato a la memoria la imagen de una Marina derrotada, como si la responsabilidad del desastre fuese privativa de ella.

Esto no es nuevo. Aunque la Armada, históricamente, ha estado acostumbrada a que la nación la reclame como «nuestra Marina» en la victoria y se refiera a ella, con desapego, como «la Marina» en la derrota —«hemos ganado», «has perdido»—, en el caso de Filipinas esta dualidad es particularmente injusta y dolorosa. Por ello, desde estas líneas se ha pretendido rendir un homenaje a la labor, abnegada y admirable, de la Marina española en aquellas islas. Una labor que, paradójicamente, le granjeó el cariño de los filipinos, pero por la que no obtuvo más que desdén de su propio Gobierno y de sus compatriotas.

Apéndice documental

Por medio de este apéndice documental hemos querido presentar a los ojos del lector, para que éste pueda juzgar con elementos de primera mano, una selección de los documentos (20) que hemos juzgado más interesantes de la correspondencia oficial de la Comisión Hidrográfica de Filipinas.

Nada nos parece más ilustrativo de cómo fueron aquellos años que la lectura de estas cartas. A través de ellas podemos casi vivir el momento con una cercanía y una intimidad que emociona: la angustia, el esfuerzo, el sentimiento de abandono, el valor personal, la lucha por la superación, la queja..., todo aflora.

envió el 1 de mayo de 1898: «Ha sido un desastre que lamento profundamente, lo presenté y anuncié siempre por la falta absoluta de fuerzas y recursos». Posteriormente, el 10 de mayo, le envió un informe detallado de los acontecimientos: «Réstame tan sólo expresar a V.E., que todos los Jefes, Oficiales, Maquinistas, Condestables, Contramaestres, marineros y soldados, han rivalizado en sostener con entusiasmo la obra y honra de la Marina en esta triste jornada. La insuficiencia de los buques que componían mi escuadra; la falta de personal de todas clases, especialmente de Condestables y Artilleros de mar; la poca idoneidad de algunos Maquinistas provisionales, todo contribuyó a hacer más cruento nuestro sacrificio en aras de la Patria, para alejar la eventualidad de un bombardeo a la Plaza de Manila, con el convencimiento de que al medir nuestras escasas fuerzas con las muy superiores del enemigo, íbamos a una muerte casi segura y por descontado a perder todos nuestros buques». Como bien dijo el capitán de navío Concas, en la defensa del almirante Montojo ante el Consejo de Guerra que le juzgó: «Siempre se ha dicho ¡Ay de los vencidos!, pero ahora hay que agregar ¡Ay de aquellos a quienes se envía para que sean vencidos!, pues por muchos que mueran en la contienda, siempre parecerán pocos para cubrir las faltas ajenas y la traición a la patria».

(20) La mayoría de los documentos, dada su extensión, han sido transcritos parcial o fragmentariamente.

Creemos que el lector disfrutará enormemente con esta documentación que, sin duda alguna, le dará una dimensión totalmente humana y viva de aquella época.

—Marzo de 1850: Montero al Comandante del Apostadero de Filipinas (21): «Para la buena policía, aseo y economía de las tripulaciones de los buques de esta división, sería muy conveniente se remitiesen un número dado de vestuarios completos, que podría ascender a ciento con sus correspondientes pares de zapatos y chaquetones para los fuertes relentes que se experimentan en esta provincia. Esta provincia es excepcional y además de la falta absoluta de todos los recursos indispensables para la vida, es tan escandaloso el precio de lo que se encuentra, que apenas podría un grumete empleando todo su haber, proveerse de lo más indispensable para presentarse convenientemente uniformado...».

—5 de Octubre de 1850.—Montero a Manuel de Quesada: «...no hemos conseguido llegar al S. de la Paragua por la violencia con que fueron atacados de fiebre el Sr. Campoamor y veinte hombres de nuestras tripulaciones, se consiguió apesar (*sic*) de eso un resultado que asegura el dominio del gobierno español en toda la Isla de Paragua en el momento que le acomode tomar posesión de todos sus términos por el conocimiento de un magnífico puerto situado del modo más ventajoso...».

—25 de septiembre de 1851.—Comandante del Apostadero de Filipinas a Armero (Ministro de Marina): ...3º Estando esa (la Comisión Hidrográfica) ligada por falta de oficiales (y mucho más para los trabajos hidrográficos, así como de caudal para armar falúas que exclusivamente se dediquen a tal objeto) al servicio de proteger las poblaciones, perseguir a los piratas mahometanos, &^a &^a (*sic*) los trabajos adelantan paulatinamente, aunque el Teniente de Navío Montero dedica concienzudamente cuanto tiempo le permite el servicio del Apostadero. 4º No es poca rémora tampoco la falta de escribientes y delineadores... 8º Como Montero no cuenta con falúas exclusivamente dedicadas a la Comisión Hidrográfica trabaja para ésta cuando y como puede...». (¿De dónde saca esfuerzos y tiempo este hombre?).

—22 de Diciembre de 1854.—Al Director del Depósito Hidrográfico: «...se ha digno S.M. a resolver: 1º.- Que V.S. proponga los gefes (*sic*) y oficiales que conceptúe puedan formar parte de las comisiones que pide teniendo en cuenta que el que está encargado al presente de la de Filipinas (se refieren naturalmente a Claudio Montero) lleva ocho años en aquel clima y que su salud está ya muy resentida, por lo que es bien probable que tenga que dejarlo en breve...» («en breve» fue hasta 1869).

—23 de Diciembre de 1854.—Al Director del Depósito Hidrográfico: «...S.M. (...) dispuso que el Teniente de Navío Claudio Montero continuase con la Comisión que se le había confiado y que desempeñaba con tanto celo como buenos resultados...». (Cuanto más pueda aguantar, más le darán).

(21) Documento extraído del diario de Claudio Montero (1850-1852). Archivo familiar.

—26 de Agosto de 1855.—C.F. José Espejo (Primer delineador de la Dirección de Hidrografía) a J. Gutiérrez de Rubalcava (Director de la D.H.).—«Examinados detenidamente todos los trabajos ejecutados en varios puntos del Archipiélago Filipino por el Teniente de Navío Claudio Montero (...) los encuentro conformes y bien ejecutados; siendo de los más exactos y detallados que hasta ahora tenemos de aquellas islas...».

—11 de Enero de 1856.—Al Director del Depósito Hidrográfico «...el oficio de V.E. (...) proponiendo a este oficial(...) para la Cruz de Comendador ordinario de la distinguida Orden de Carlos 3º (sic) y S.M., aunque se complace en reconocer los buenos y distinguidos servicios militares y facultativos prestados por Montero en el referido apostadero, se ha dignado resolver manifieste a V.E. que ya ha sido recompensado con la Cruz de Caballero de la expresada orden de Carlos 3º (...) por los servicios de que queda hecho mérito, los cuales quiere también S.M. se tengan presentes para los adelantos de la carrera del citado oficial». (Proverbial tacañería con quien merece honores y, sobre todo, reconocimiento).

«14 de Agosto de 1856.—Marqués de Almeiras al Director del Depósito Hidrográfico.—«...La Reina q.D.g. (...) se ha servido disponer que el expresado oficial (Montero) regrese a la Península para reponer su quebrantada salud y con el objeto de que se pase a esta Corte para que la Dirección de Hidrografía pueda utilizar sus conocimientos al levantar las cartas que deben producir sus referidos trabajos».

—22 de Agosto de 1856.—Montero al Director del Depósito Hidrográfico.— «...en el año de 1854 recibí (...) una comunicación ordenándome la formación de un plan para el establecimiento de una comisión hidrográfica bien ordenada y con los elementos precisos para el levantamiento de nuevas cartas (...) Los cambios verificados en aquella época en la Comandancia General de Marina de Filipinas y la necesidad en que me hallaba en someter mi plan al Gefe (sic), que debiese autorizarlo, me obligó a perder aquella buena coyuntura (...) teniendo en cuenta las razones expresadas, dispondrá (V.E.) se reanuden los interrumpidos trabajos de Filipinas ordenando la organización de aquella comisión (...) para cuya ejecución estoy dispuesto si no se presenta otro oficial o jefe de mayor confianza a sacrificar otros cuatro años que es el tiempo, que probablemente me queda disponible de mi vida para tan penoso trabajo».

(Montero está en España convaleciente. Pasará allí cerca de año y medio reponiéndose de las enfermedades contraídas en Filipinas. Algunas, como la malaria, no logró vencerlas nunca. Sin embargo, se ofrece a volver a Filipinas dispuesto a morir con las «cartas puestas».)

—29 de Abril de 1859.—Medina (oficial destinado en Manila) a Chacón (Director del Depósito Hidrográfico).—«...proponiéndome me pusiese al frente de una nueva comisión hidrográfica que, independiente de la de Montero, ha propuesto V. al Gobierno se establezca en estas islas (...) aceptaría (...) si mi demasiada permanencia en este Archipiélago, no hubiera resentido mi salud en términos de necesitar indispensablemente pasar a la Península a repo-

nerla (...) He explorado el ánimo de varios oficiales si querían dirigir o agregarse a dicha comisión, ninguno se ha manifestado con deseos de aceptarla, todos repugnan particularmente dirigirla. Es una lástima que (...) haya tan pocos deseos y afición a esta clase de trabajos en los oficiales que se hallan en este Archipiélago» (22). (Es clara la diferencia de espíritu militar con el resto de los oficiales destinados en el archipiélago; allí fueron muchos a medrar. La mayoría de la gente no es tan tonta como parece, pero por muy poco).

—25 de Marzo de 1860.—Chacón a Montero: «...voy a hablar a V. del estado de mis gestiones con respecto a su deseo, muy justísimo por cierto, de ser repuesto en su antigüedad....la causa de no hallarse en ella....(es) efecto del grandísimo trastorno que sufrió la lista de los Tenientes y Alféreces de Navío con los abonos de tiempo por pronunciamientos y otras causas...dando lugar a quejas de otros muchos oficiales...resolvió el Gobierno cortar con la cuestión disponiendo se hiciese...una lista de antigüedad nueva....(en la que) unos han quedado favorecidos (*sic*) y otros, como V., postergados». (El mundo está lleno de buenas personas, pero hace falta gente que valga. De nada sirve tener razón cuando estás a las órdenes de quien no la tiene).

—8 de Enero de 1862.—Montero a Chacón: «...suplico a V. ...vea de hacer en obsequio de la gente que las dota (se refiere a las falúas), que se les asigne el sueldo de sus clases respectivas como si perteneciesen a una goleta u otro cualquier buque: es imposible que haya jamás estado en el ánimo de nuestros gobernantes la especie de pagar a la gente de mar en razón del tamaño del buque en que navega: esto me duele tanto más, cuanto que la gente de las falúas escogida como es natural ha recibido hasta ahora un tercio menos de paga que la de las goletas perteneciendo a un mismo sistema, destinados a un mismo servicio y trabajando mucho más: yo siempre supuse que esto proviene de mala inteligencia o mala redacción de alguna orden; pero no por eso es menos irritante; y los indios aunque tocan el freno, están muy lejos de batir las palmas como se cree o se afecta creer en ciertas regiones. (Defendiendo a muerte a su gente).

»Concluido este año hidrográfico se está encargando Roldán de la subcomisión compuesta únicamente por la goleta Carmen; por fin se separa de mi lado este constante compañero por primera vez; ha estado subordinado 10 años sin entrar en alternativa para tanto mando como ha vacado en el Apostadero. Y allá va lo mismo que vino: será que con las personas notables que rigen hoy los destinos de la Marina tendré el doloroso sentimiento de ver postergado a este excelente (*sic*) Oficial como lo estoy yo mismo: ¿? (*sic*) Yo me admiro cada día más de ver la facilidad con que algunas personas saltan 10 o mas años de carrera mientras otras no pueden conseguir el que se les respete su antigüedad.

»Un día toda la prensa notable de España celebró como un rasgo propio de la Marina Española la modestia y la sencillez con que di parte de un combate contra verdaderos piratas de mar (23)...que hacían honor a la Corporación, la

(22) Es que realmente había que pensárselo mucho.

(23) Se refiere al combate del 3 de Mayo de 1851 narrado en el capítulo «Montero, un héroe de Filipinas».

que me facilitó una cruz; 10 años después se da un empleo saltando 100 números por un hecho inferior por haberse puesto un parte en que no ganó nada el estilo, ni hubo comparaciones honrosas, ni pudo haberlas, ni hubo un solo herido.

»El Sr. Apodaca puede que recuerde quien fue el oficial que a la cabeza de una brigada de marinería abanzó (sic) el primero con 20 pasos de distancia delante de las columnas de ataque en el asalto de Lipac en Balanguingui (*otra cruz casi general*).

»También fue política en este país el no darle toda la importancia que tuvo la sofocación de la sublevación de la guarnición de Taytay en la Paragua el año 50 asaltando con la tripulación de tres falúas a 125 hombres todos condenados a muerte por la leyes y perfectamente armados y fuertes en su baluarte con artillería abundante de que puede dar razón el S^or. D. Manuel de Quesada (*otra cruz*).

»Y otra cruz por no ser posible ascenderme al Sr. Bayarri a causa de un nuevo reglamento formulado por S.E. que no sirvió más que para mí; es decir para no ascenderme después de haber sido y estado recomendado para ascenso durante muchos años.

»Sentiré mucho que forme mala opinión de mí creyendo que le doy gran valor a un ascenso: suplico a V. que no se equivoque; se la doy cuando se trata de las personas que sirven a mis órdenes.

»Al hacer esta enojosa reseña mi objeto es hacer ver el mal efecto que produce, pero no es a mí a quien más humilla: trabajo como puedo por la honra del cuerpo que es la de todos y la de cada uno y sólo pido por gracia que no expongan a mis oficiales *casi a la rechifla*, haciéndoles pasar a gente por encima con frecuencia: Roldán merece una buena recompensa; ninguna mejor merecida y producirá buen efecto.

»Termino estas lamentaciones con que siento haberle entretenido sirviéndome de disculpa el que ya empiezan a tocarse los resultados de esta indiferencia del Gobierno hacia nosotros: hubo una época en que todos los oficiales querían servir en la Comisión; ya empiezan a mirarla con menos entusiasmo y los excelentes (sic) jóvenes Carrasco y Arana nuevamente destinados a ella, creen haber hecho un verdadero acto de abnegación; el último si hubiese sido nombrado comandante de cañonero, como hubiera sucedido *de no estar destinado a mi lado*, pensaba aceptar el mando; afortunadamente no lo ha sido, digo afortunadamente porque sería un dolor que este joven de verdadero mérito y de grandes esperanzas, fuese a aumentar el número de los dichosos que hacen fortuna por medio de la *reclame*.

»Perdone V. y dispéñseme que desahogue un poco con la única persona de quien en este momento puedo esperar que se interese por nosotros». (Montero defiende a sus hombres exponiendo sus necesidades de forma coloquial, al margen de cualquier exigencia disciplinaria).

—1^o de Febrero de 1862.-Montero a Chacón: «...no hemos perdonado fatiga para que fuese un trabajo excelente (sic) (se refiere a la gran carta de la Bahía de Manila); y también por si acaso fuese nuestra despedida del oficio,

no se crea que sea por falta de afición ni buena voluntad si no (*sic*) por encontrarlo demasiado ingrato...mi comunicación a V. como Jefe del Depósito tiene el objeto de dispensarle de tomar la iniciativa en este asunto provocando yo mismo una resolución definitiva que nos permita saber terminantemente la importancia que piensa darse en el cuerpo de la Armada a este Servicio en esta nueva era; para que sepan a qué atenerse los oficiales a quienes se elige para desempeñarlo: la razón es sencilla: en proporción numérica Filipinas está siendo enormemente favorecida: se hacen más carreras extraordinarias que en el resto de la Armada y se hacen de una manera conocida. Los Oficiales que sirven en la Comisión Hidrográfica son, elegidos entre los más sobresalientes y *tiene que renunciar a mandar* para servir de subalternos destinos mucho más penosos.

»Mientras se creyó que merecía la predilección del Gobierno hubo una grande emulación por servir en esta Comisión y hasta oficiales más antiguos solicitaron servir a mis órdenes: hoy han cambiado completamente las ideas y los oficiales actuales me han significado, con mucha razón, que si bien es su deseo hacer este servicio, porque conocen su importancia, sienten no obstante que no les conviene esponerse (*sic*) a postergaciones que pueden evitar entrando en el movimiento general que merece los aplausos y que a la vez encontrarán más agradables, en vez de sacrificarse en un trabajo cuyas penalidades son de todos los instantes; que pasan desapercibidos para el vulgo, que solo conoce y puede juzgar un pequeño círculo de personas escojidas (*sic*).

»A estas apelo pues y a su conciencia.

»Puedo asegurar a V. que del resultado de este paso depende la suerte de esta Comisión. Los Oficiales tienen aplazado el tomar el mando de sus respectivos cañoneros hasta saber algo que les anime; y yo, con la seguridad de que mi falta de posición y de apoyo personal es la sola causa de esta indiferencia, que me afecta poco por mi mismo pero muchísimo por lo que respecta a los que sirven a mis órdenes, estoy decidido a dejar el puesto a otro, que más afortunado, pueda garantizarles la justa recompensa de su sacrificio.

»He llegado a comprender que es cuestión de delicadeza, por lo que mi partido está tomado».

—10 de Junio de 1862.—Director de Personal a Director del Depósito Hidrográfico.—«Como muestra del aprecio que a S.M. merece el celo e inteligencia desplegados por los oficiales de la Armada que componen la Comisión Hidrográfica del Archipiélago en la ejecución de sus trabajos, que encomia y recomienda el Director de Hidrografía, la Reina q.D.g. ha venido en resolver se signifique al Ministerio del Estado para Comendador de la Orden de Isabel La Católica al Capitán de Fragata D. Claudio Montero y Gay y para Caballero de la de Carlos Tercero al Teniente de Navío D. Manuel González Roldán y Estagno...»

—5 de Agosto de 1862.—«...he navegado este año como los primeros descubridores: los peligros han sido grandes y no pequeño mi temor de que la pérdida de este buque (se refiere al Vapor *Reina de Castilla*), nos hubiese privado para siempre de un auxiliar poderoso que ya se hace indispensable...

Roldán y Carrasco han hecho un hermoso trabajo...Escelescentes (*sic*) personas...han pasado seis meses atroces jugando con la ecsistencia (*sic*) lejos del mudo: la primera vez que lo visitaron fue para saber que habían sido postergados por sus segundos de guardia: Carrasco por los Oficiales que *han venido a sus órdenes* en buque de su mando.

Por fin y siguiendo sus indicaciones este S^or. que es bueno a pesar de todo: hace este correo una recomendación. Nada le digo a V. probado ya lo que se interesa por nosotros: pero a esos Señores que tienen en su mano los destinos de esta corporación, recuérdelos V. que no hay espontaneidad que resista a la indiferencia: que se acuerden de *estos desterrados* que trabajan en la oscuridad y en el silencio confiados en los directores de la corporación, sin otros jueces y que puede interpretarse desfavorablemente (*sic*) para los mismos trabajar la falta de premios por parte del gobierno tan generoso.

Nunca faltarán Jefes y Oficiales a la hidrografía: pero si falta la espontaneidad, se cubrirá el expediente (*sic*) y como es un servicio tan elástico, se hará mal...

...los años cargan y quedaremos en la estacada, si bien con la conciencia tranquila, con la amargura de no haber inspirado más que indiferencia al Gobierno. Quiera Dios que no sea así».

—20 de Enero de 1865.—(Este documento es respuesta a otro del Director de Personal al Director del Depósito Hidrográfico, sobre la conveniencia de mejorar ciertos trabajos realizados por la Comisión Hidrográfica de Filipinas. En concreto, se le recomendaba medir bases desde tierra y situar puntos astronómicamente. ¡Ojo al dato!).

«...Meditando sobre este asunto, Excmo, Señor, me han ocurrido algunas dudas que me permitirá V.E. someter a su ilustrado juicio; mis dudas se refieren a la diferencia que existe para el cumplimiento de las órdenes superiores entre el Servicio puramente militar dentro del cual estamos acostumbrados a obedecer sin réplicas ni objeción y los servicios especiales que, sin dejar de acatar y obedecer la autoridad constituida, necesitan por su índole reconocer una cierta cantidad de libre acción en la persona que los egecuta (*sic*)= Yo me atrevo a esperar que mis años, catorce de ellos invertidos con ligeras interrupciones en operaciones hidrográficas, con los elementos que todos saben y que han producido trabajos, que no son despreciados de los navegantes, ni de las Direcciones Hidrográficas de Europa, me autorizan a tener también mi humilde opinión en estas materias= No por eso he dejado siempre de recibir con gratitud y respeto las observaciones de los varios ilustrados gefes (*sic*) que ha tenido al frente ese establecimiento durante este periodo; cuya benévola dirección nos ha sido tan necesaria, particularmente en los primeros años dedicados a un servicio cuya tradición con ligeras escepciones (*sic*), se había perdido entre nosotros; pero esas lecciones han tenido lugar en la correspondencia directa; y estos dignos gefes comprendiendo las dificultades con que se luchaba, al mismo tiempo que advertían lo que creían conveniente, no tenían más que frases de elogio cuando se dirigían al Gobierno de S.M.= La consecuencia de este amable patriarcal sistema es la colección de tantas apreciables Reales

órdenes, que han venido periódicamente a estimular nuestro celo, que de otro modo se hubiera enfriado hace mucho tiempo= Al variar este sistema el Señor Director del Depósito dirigiendo sus cargos por conducto del Gefe Superior del ramo toman estos un carácter de severidad oficial, que es otro motivo de embarazo; porque me coloca en la alternativa de *sufrir en silencio*, que se engendren en el ánimo de tan elevada autoridad *dudas humillantes* y perjudiciales a la reputación de nuestros trabajos, o de contestar a cargos que puedan tener quizá el carácter de cosa juzgada, dando lugar a que puedan sospecharse de mi parte tendencias a hacer la oposición a la autoridad competente del Gefe del Depósito por mí tan respetable en todos conceptos= Muy lejos de mi ánimo el dejar de reconocer la exactitud de las apreciaciones del Señor Director del Depósito Hidrográfico: todas son justas en principio y todas revelan, si faltasen otras pruebas, la reconocida ilustración de este dignísimo Gefe : pero la práctica de estas operaciones está casi siempre erizada de dificultades materiales y tal resultado que en la carta aparece de la sencillez más primitiva, ha costado esfuerzos de voluntad y sacrificios que no todos sospechan= (...)Lo mismo sucede con otras operaciones: bien lejos está el Señor Director del Depósito *que prefiere* justamente una base medida en tierra, a su determinación por medio de la medida angular de la elevación del tope determinada con la posible escrupulosidad y que se refiere quizá a la base que sirvió para levantar el plano del puerto de Dumanquilas; bien lejos está, digo, de sospechar que en ese puerto, cuyo litoral es todo de mangle, avanzado al mar, lejos de encontrarse terreno en el que sea posible medir una base ha sido preciso observar la latitud de noche sobre horizonte artificial *con el cuerpo metido en agua* para conservar al instrumento una pequeña laja descubierta=Estos dos incidentes que he creído oportuno citar como egemplos (*sic*) se reproducen diariamente y vienen a ser acontecimientos diarios en nuestra vida: las operaciones se subordinan a ellos casi siempre; así es que no se desprecia ningún medio de conseguir el resultado con la exactitud posible prefiriendo los más exactos , sin despreciar los que no lo son tanto, cuando la imposibilidad de emplear aquellos los viene a hacer preciosos e indispensable (...) Al navegante sobre la costa le importa muy poco estar una o dos millas más o menos al oriente; lo que le interesa *es conocer los peligros*, arrumbamientos, puertos, sonda etc de la costa que recorre= Y no obstante todo se ha atendido y atiende como se puede...».

—16 de Febrero de 1865.-Jefe de Personal al Director del Depósito Hidrográfico.—«...es la voluntad de la Reyna q.D.g. se manifieste a este Gefe (Montero)...que no fue su real ánimo desaprovechar (*sic*) los trabajos de esa Comisión que por el contrario ve con el mayor aprecio...».

Bibliografía

Catálogo de la Exposición «España y Filipinas». Palacio de Congresos y Exposiciones. Cádiz, 1998.

Comisión Hidrográfica de Filipinas. Legajo 41 (95). Servicio Histórico. Instituto Hidrográfico de la Marina

CERVERA PERY, José: *Marina y política en la España del siglo XIX*. Editorial San Martín. Madrid, 1979.

El Pensamiento Español. Abril, 1885.

Gran Enciclopedia del Mundo. Durvan, S.A. de Ediciones. 1975.

Sellos del Mundo. Ediciones Urbión, S.A., 1983.

Introducing Manila. American Association of the Philippines, 1952.